

Ramírez Melgarejo, A. J. (2024): *Estrategias de reproducción social de las clases populares. Trabajo, crisis y reconocimiento en el sureste español.* Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas

Elías Roiz Ceballos

Departamento de Sociología Aplicada, Universidad Complutense de Madrid 

<https://dx.doi.org/10.5209/stra.102471>

Cuando se piensa en el milagro económico español de los años 2000 o en el periodo de auge neoliberal en la Unión Europea, se tienden a invisibilizar las contradicciones que lo desgarran. Ocultados por el éxito de grandes figuras empresariales, o del crecimiento de los indicadores económicos de los países centrales, desaparece tanto la clase que todo lo produce, como las regiones del sur en las que la globalización capitalista cristaliza en el tiempo el desempleo, la precariedad y la informalidad. Esta realidad, que se aviene mal con la idea liberal del progreso, es la que se desentraña en la obra *Estrategias de reproducción social de las clases populares*, una monografía de Ramírez Melgarejo que a través de la investigación etnográfica desvela las costuras de la integración europea en el sur del sur: la de la vida y trabajo de las poblaciones rurales en la Vega Alta del río Segura.

En esta monografía se recupera la temática de la cuestión meridional para mostrar como el crecimiento neoliberal que se puso en crisis en 2008 se sustentó en un modelo productivo que a pesar de la industrialización de la agricultura, poniendo fin al tradicional campesino huertano y convirtiendo en asalariados a los habitantes del campo murciano, perpetuó las condiciones de vulnerabilidad y dependencia reproduciendo las condiciones de temporalidad, precariedad y el elevado desempleo característico de un territorio donde la agroindustria, orientada a la exportación al norte de Europa, impide toda otra alternativa laboral. Desde las fracasadas pretensiones reformistas del regeneracionismo de Joaquín Costa, hasta la tímida reforma agraria durante la II República, pasando por el proyecto desarrollista y las obras hidráulicas del franquismo, hasta el ascenso de las luchas jornaleras en la transición, el monográfico presta atención a la particular realidad de un proceso histórico dinámico y persistente donde todo cambia para que nada cambie.

Ya en el presente, el trabajo sociológico muestra como este paisaje rural industrializado, con una cada vez mayor concentración y centralización de capitales en menos manos, liquidando al pequeño propietario e inserto cada vez más en la dinámica internacional de la acumulación de capital, da lugar a un mercado laboral segmentado, donde la figura del fijo discontinuo, ocupada generalmente por trabajadores de avanzada edad y varones, va de la mano con amplias extensiones de trabajadores temporales, contratados por las grandes empresas agroindustriales a través de ETTs, y ocupado por mujeres, migrantes y jóvenes, así como diferentes trabajadores informales.

Y es que, a este modelo productivo, marcado por las estrategias de extracción de plusvalor absoluto, se le suma las oscilaciones cíclicas propias de la recolección de la fruta. La industrialización del campo, la asalarización del viejo campesino, la internacionalización de las principales empresas, a pesar de haber extendido las campañas a lo largo del año mediante la introducción de nuevos productos, como la fruta de hueso o la uva, o mediante nueva tecnología y el regadío, sigue reproduciendo la permanente repulsión y atracción de la fuerza de trabajo para obtener una fuerza de trabajo vulnerable y disponible. Mantener este ejército de reserva en cantidades suficientes y disponible es fundamental para satisfacer una de las principales necesidades de estas empresas.

Los ritmos de la agroindustria marcan el transcurso del tiempo en la Vega Alta. Uno de los objetivos fundamentales de la investigación es dar a conocer los modos en los que las clases populares van, en este marco, "solventando sus vidas". Así como los aspectos subjetivos y morales, los acuerdos tácitos y resistencias, que acompañan a este modelo productivo. Si los grandes agroexportadores, caciques y sus partidos políticos son los protagonistas de la historia local oficial, la etnografía permite recuperar las estrategias de reproducción de las clases populares, que contribuyen a la reproducción del modelo sobre el que se sustentan estas precarias condiciones laborales. Trabajar al máximo en verano a costa de la salud propia, y la búsqueda de ingresos en otros sectores durante el invierno, como la hostelería, la construcción, el pequeño trabajo autónomo o la informalidad, son algunas de las estrategias que permiten sobrevivir a estos trabajadores y sus familias.

La particularidad de este objeto de estudio es que “las pautas de reproducción social no se encuentran situadas directamente bajo el control/mandato del capital, dependen de condiciones sociohistóricas preexistentes” (Mingione en Ramírez, 2024, 215). La familia es la unidad económica fundamental encargada de estas estrategias de reproducción, que recaen particularmente en las mujeres de clase trabajadora, a las que el autor presta particular atención. Entre estas estrategias, articuladas en torno a la familia, se encuentra la movilidad sectorial, la movilidad territorial, así como, en el plano de extralaboral la reciprocidad entre vecinos y familiares, el autoabastecimiento mediante huertas urbanas y la autoconstrucción de viviendas, el trabajo informal y el recurso a las rentas externas como las prestaciones y ayudas estatales. En rigor, todas las estrategias de movilidad se sintetizan en: desplazarse a donde haya trabajo o empleo, dando lugar a figuras laborales mixtas caracterizadas por la eventualidad del trabajo y la pluricualificación de su fuerza de trabajo.

Sin embargo, lejos de un proceso unilateral de permanente adaptación existe una contradicción permanente entre las estrategias empresariales de reducción sostenida de costos laborales y la búsqueda de la temporalidad de la fuerza de trabajo, frente a la permanente búsqueda de la clase obrera de estabilidad laboral y proyectos de vida dignos. Es esta tensión la que llevó, precisamente, a la formalización de los fijos-discontinuos en los años ochenta, que legalizó lo que hasta ese momento eran acuerdos tácitos entre trabajadores y empleadores. Un logro de las movilización y huelgas jornaleras. Ahora bien, la relación social dinámica entre la clase propietaria y las clases subalternas permanece, como la imagen del mito de Sísifo, atrapada en un ciclo vicioso. La permanencia del modelo da lugar a que la continuidad en el puesto de trabajo vaya ligada a la intensificación del trabajo. El trabajo a destajo propicia esta tendencia, siempre creciente, para poder mantenerse en un puesto caracterizado por la eventualidad y mantener algún nivel estable de consumo.

La eventualidad del trabajo, de este modo, acentúa la sumisión, y el miedo al despido. Lo cual, sin embargo, permite el despliegue de estrategias de reducción de costes laborales que persisten en el deterioro de las condiciones de trabajo. Ante la crisis de 2008 esto se hizo patente. Sin embargo, si la temporalidad acentúa la vulnerabilidad y dificulta la movilización, al mismo tiempo la ausencia de movilización no supone ninguna solución a este proceso explotador y metabólico, que drena a la fuerza de trabajo y sus posibilidades de reproducción. Lejos de un automatismo que conduzca a la irrupción explícita del conflicto de clases en la arena política el autor se pregunta “¿por qué ante la situación de crisis que se viene produciendo desde 2008 las clases trabajadoras no responden desplegando estrategias de conflicto laboral o social?” (Ramírez, 2024, 24), y es que la clave reside no únicamente en el proceso productivo, sino en los dispositivos morales, en estas estrategias de ajuste de la clase trabajadora que se despliegan desde la esfera familiar.

Sin embargo, si el compromiso con el trabajo bien hecho y las jornadas de trabajo extenuantes eran compensados durante el auge neoliberal con un ahorro suficiente e ingresos extraordinarios que permitían la reproducción social de la fuerza de trabajo cuando la temporada terminaba, la reestructuración productiva de los últimos años, consistente en la introducción de nuevas variedades, nueva tecnología y el incremento de la extracción de plusvalor acortando los salarios y las jornadas laborales, y recurriendo a trabajadores migrantes, erosiona la base de las normas morales que sustentaron, en buena medida, la adhesión contradictoria de los trabajadores en períodos previos. Surgen así “heridas morales”, que expresan un subterráneo, pero agudo, conflicto de clases y que pueden ser la base de nuevos fenómenos políticos y subjetividades. La disconformidad con un trabajo “mal realizado”, la imposibilidad de realizar horas de más, el despido considerado injustificado, la no llamada al trabajador comprometida con acuerdos tácitos, quiebra este particular “consentimiento en la producción” en el sur del sur.

Algunas de las reflexiones que a partir de la lectura estimulan la reflexión sobre las resistencias y la recomposición del movimiento obrero son las siguientes. Si en los años 30 el propio Gramsci se preguntaba sobre la cuestión meridional, el permanente prejuicio de los obreros del norte frente a los campesinos del sur de Italia era, para el italiano, el secreto guardado bajo siete llaves que permitía mantener la dominación de la burguesía y la nobleza italianas unificadas con la “revolución-restauración” que supuso el Risorgimiento. De este modo, la alianza en el conflicto de clase de los campesinos y los trabajadores era el camino para superar las condiciones de vulnerabilidad y dependencia que la acumulación del capital en el norte imponía sobre el sur. Esto es, no era el ciego desarrollo de las leyes impersonales de la acumulación de capital lo que iba a solucionar la situación del sur, contra toda visión desarrollista, sino que ésta solo podía solucionarse en el terreno del conflicto de clase.

En la actualidad, tras casi un siglo de transformaciones, la cuestión que se planteaba Gramsci ha mutado. La monografía aquí presente muestra como el campesinado como clase social se ha reducido a niveles sin precedentes históricos, siendo relegado por un asalariado rural, en el cual persisten en la institución familiar parte de los “arreglos” que empleaba la familia campesina, así como persisten buena parte de las condiciones de dominación que la atrapaban, pero reproducidas ahora en una realidad asalariada.

Esta amalgama hace que la relación social entre el capital y el trabajo ahora no sea una realidad del norte, sino también del sur. La nueva cuestión meridional extiende al norte la presión a la baja en las condiciones de trabajo. La realidad del sur lejos de ser un problema del sur supone más que nunca una presión a la baja sobre las condiciones laborales de la clase obrera asalariada, bajo condiciones laborales altamente formalizadas y reglamentadas legalmente. Nos puede dar pistas sobre las tendencias que los procesos de intensificación del trabajo terminan generalizando sobre otras realidades sociales. La extensión del fijo discontinuo en la actualidad a nuevas situaciones laborales permite pensar, desde el sur, las vulnerabilidades que en la relación salarial puede abrirse fuera del sector agrícola, en las grandes metrópolis, entre los trabajadores de servicios e industriales, pero también las alianzas y solidaridades de clase entre estas regiones y el sur.

La solución al problema meridional ya no es, o no tanto, el de la alianza obrero-campesina, pero si la de la alianza entre situaciones laborales heterogéneos dentro de la propia clase trabajadora, diversa y compleja, es decir, combatir los prejuicios que justifican la fragmentación, el corporativismo, la segmentación e individualización que dificultan las solidaridades de clase.